

NICOLÁS MULLER: El domador de la luz.

Por Antonio VILLANUEVA.

El fotógrafo húngaro-español Nicolás Muller vuelve a la actualidad. Hace poco, la universidad de Oviedo, en colaboración con la Caja de Asturias, ha publicado un libro sobre su vida y trayectoria profesional, escrito por el profesor José Girón y titulado *La luz domesticada: Vida y obra de Nicolás Muller*.

El gran maestro, nacido en Orosháza (Hungría), en 1913, vive retirado en Andrín (Llanes), desde 1981. Aprovechando el privilegio de su estancia entre nosotros, nos acercamos hasta su casa, donde le hacemos esta entrevista.

--¿Qué le parece que los habitantes de Cue llamen *húngaros* a los de Andrín por culpa suya?

--Pues me parece muy bien. Es algo entrañable, que agradezco mucho.

--¿Qué es la luz para un fotógrafo?

--La materia con la que trabaja. Como el color para el pintor.

--¿Y el color? Usted ha hecho muchas fotos en blanco y negro, pero ha trabajado menos en color.

--El color es otra cosa que el blanco y negro. La fotografía tardó más de siglo y medio en encontrar su camino. Empezó imitando a la pintura. La fotografía en color todavía está buscando su camino, aunque hay ya buenos fotógrafos. Yo logré expresar lo que quería en blanco y negro. Aunque también trabajé con el color.

--Ortega dijo que usted tenía *la luz domesticada*.

--Esta afirmación es un buen título para un fotógrafo. Tengo la cita en el álbum de firmas.

Y Nicolás nos muestra su famoso libro de visitantes, un documento de valor excepcional, testigo de la cultura española de posguerra, con las firmas de Laín Entralgo, Aranguren, Ortega, Baroja, D'Ors, Camilo José Cela...

--¿Qué vio en Andrín para quedarse?

--Vine, por primera vez, en el año 47, con Fernando Vela. Yo vivía en Tánger entonces. Una amiga de aquí nos dijo *Venid a las fiestas del pueblo*, que son el 15 de agosto. El sitio me gustó y tuve la oportunidad de comprar este rincón y, poco a poco, me hice la casa.

--¿Es Fernando Vela una de las personas que más ha influido en su vida?

--Sí, absolutamente. Fue algo así como mi segundo padre. Lo conocí en Tánger. Su hija, Mavi, era una buena amiga, como una hermana. Él me trajo a Llanes.

--Ha sido usted un gran viajero. ¿Obligación o devoción?

--Las dos cosas. Recorrí España varias veces para hacer mis libros. Tengo nueve libros sobre España. Ahora ya me cuesta mucho viajar.

--¿Qué ciudad, de las muchas que ha conocido, destacaría?

--En Tánger he vivido siete años. Durante la guerra, fue una especie de isla, no se notaba casi la guerra de alrededor. Nunca faltaba el pan. Era una ciudad internacional, había gente de diferentes países. Se hablaba francés, inglés, español, árabe... Era un centro curioso entonces.

--Sin embargo, hoy día, está el problema del integrismo. ¿Qué piensa un judío perseguido por el nazismo del renacimiento de la xenofobia?

--Siempre corrí más deprisa que ellos. Por eso estoy aquí. Aquello fue tremendo. Presentía el peligro y salí de allí, en el año 38. Por eso estoy aquí.

--Y de los países que conoció, ¿cuáles le han gustado más?

--Cada uno tiene lo suyo. Me quedé aquí porque me gusta esto. Me llama Hungría, mi país natal. Hace sesenta años que hice mi doctorado en Derecho en la universidad de Szèged y se acordaron de mí, parece que en septiembre me quieren invitar.

--¿Por qué refugiarse en España?

--Vine invitado por la *Revista de Occidente*. En el año 47 hice una exposición. Me gustó Madrid y, a pesar de Franco y su régimen, me quedé.

--¿No se sintió perseguido?

--No. Me sentí bien aquí.

--¿Y la ideología fascista del régimen, próxima al nazismo del que usted huía?

--Mis amigos no lo eran, eran intelectuales, así que no lo noté. Además, España tiene tanta mezcla árabe y judía... No he notado nada, en ningún momento.

--Usted es doctor en Derecho y Ciencias Políticas. ¿Cree que el derecho gobierna las relaciones internacionales?

--Quien hizo la ley hizo la trampa. Mira cómo respetan el derecho internacional en Yugoslavia, en Liberia...

--La fotografía comercial que tuvo que hacer para vivir, fotos de

carnés, bodas, bautizos, comuniones... ¿es parte de la maldición bíblica?

--Había que vivir de algo, pero nunca fue mi interés. Lo hice porque tenía familia, mujer y cuatro hijos, y teníamos que comer. Luego está la fotografía en la que yo trataba de expresar lo que pensaba, mis libros, etcétera.

--¿Cómo le sienta haber perdido la oportunidad de hacerle una fotografía a Picasso, a quien encontró en un café de París?

--Es sólo un recuerdo que uno tiene, no me pesa especialmente ni lo recuerdo como una ocasión perdida.

--De los fotógrafos actuales, ¿cuáles destacaría?

--Hay muchos buenos, no quiero nombrar a nadie porque seguro que olvidaría a alguno. Cuando yo llegué, esto era un desierto fotográfico. Se hacía una fotografía pictorial, la de Ortiz-Echagüe y otros similares. No sé si habré podido hacer algo por cambiar esto.

--Se habla mucho de sus malas relaciones con su compatriota Juan Gyenes, también afincado en España.

--Nuestras relaciones eran correctas, absolutamente correctas. No eran de amistad, pero sí de compañerismo. Él hacía una fotografía muy diferente de la mía. No tenía nada que ver. Él hacía fotografías de Franco, el Rey, los grandes personajes. Mis clientes eran más bien los personajes que aparecen en mis fotos de la Casa de la Cultura de Llanes, ¿las has visto?, Cela *Azorín*, etc.

--En sus retratos de intelectuales, hay multitud de figuras de primer orden. ¿Cómo le sienta cuando oye hablar del famoso páramo intelectual en que, según algunos, se vivió en la posguerra?

--Yo me he arrimado más bien a los que no eran del páramo, gente de primer orden. A pesar del franquismo, hubo una cultura que ha quedado. Claro que no había libertad de prensa, pero sí un grupo de jóvenes de primerísima categoría. Mucha gente se arrimaba al poder. Mi ambiente era más bien el de los intelectuales, yo no hacía fotos a la señora de Franco o a sus nietos. Quería evitar estas cosas.

--¿Qué recuerdos guarda de ese ambiente intelectual del Madrid de entonces?

--Había tertulias en el *Café Gijón*, en la *Revista de Occidente*, también en casa de algunos tertulianos. Pero eso ya es el pasado. En el *Café Gijón* ya no conozco a nadie. Hace quince años que vivo en Andrín.

--¿Y qué es lo que ha encontrado aquí que no tenga Madrid?

--Me gustaron siempre el mar y la montaña. La gente te hace sentir a gusto. Es donde mejor me encuentro.

--¿Por qué el Norte es más difícil de fotografiar que el Sur?

--Aquí domina el verde. Y en el Sur hay mucho blanco, mucho azul. El verde, aunque tenga contrastes, no sale bien en la fotografía en blanco y negro. Los contrastes entre el blanco, el verde y el azul pierden.

--O sea, que el Norte pide el color y el Sur, el blanco y negro.

--No lo sé, esto depende de la persona.

--Ha jurado no pisar suelo alemán. Sin embargo, habla alemán y reconoce no poder odiar a Wagner.

--Aunque sea alemán, es sublime. Lo escucho en casa, todas las tardes. He hecho promesa de no pisar Alemania porque tengo muchos muertos detrás. Pero Wagner es sublime. Y mi cultura primera era germano-húngara. En los años veinte, Alemania era el centro del mundo, del arte, de la medicina, de la ciencia. Ya ves lo que ha cambiado. Los que antes eran nazis dicen que los obligaban, *Nosotros no nos enterábamos*. Yo creo que se enteraron, como yo y como todo el mundo.

Y en tan emotivos momentos, Muller recuerda al *ángel de Budapest*, Ángel Sanz Briz, que ayudó a escapar a muchos refugiados, dándoles pasaporte español. Su novia de entonces cruzó la frontera gracias al diplomático aragonés. Pero los ochenta y tres años de Muller están llenos de recuerdos maravillosos, que la barbarie nazi no ha podido borrar. Y las mujeres son parte importante de los recuerdos de Nicolás. Basta leer sus memorias para darse cuenta.

--Usted ha sido un gran admirador de las mujeres. ¿Qué le ha gustado más, la fotografía o las mujeres?

--Cada cosa en su sitio. Me gustaba mucho... fotografiar a las mujeres. La unión de las dos cosas.

--Por último, maestro, ¿se siente reconocido?

--Yo creo que me aceptan. La gente me tiene cariño y es por algo.

Y acabamos hablando de cuánto ha cambiado España, lo que se ha hecho y lo que queda por hacer. También de lo que ha cambiado Llanes, cambio que, por fortuna, no ha llegado a Andrín:

--Aquí no hay *campings*, las casas que se hacen son otra cosa. Ojalá no llegue todo eso. Aquí tienes paz, los pájaros cantan y la gente te saluda.